

a la inspiración, creo haber cumplido con mi deber.»

¡Qué lástima que en nuestros días haya ya desaparecido esta casta de hombres, únicos y verdaderos artistas!

Pero como en nuestros corazones, igual que en la caja de Pandora, quedá siempre en el fondo la esperanza; nos consuela el pensar que quizá sólo se halla postergada su figura en la sombra y que, a no tardar, la gota de aceite desprendida de la lámpara de Psiquis, nos revela el genio que, capitaneando la numerosísima legión de jóvenes músicos, los conduzca por nuevos derroteros hacia sanos y robustos ideales, alejándoles para siempre del mar de incertidumbre en que se hallan sumergidos por el rebajado y efímero modernismo.

MARÍA CARRATALÁ.

### Fragmentos de las conferencias del maestro Villar.

Un nacionalismo particular, una especie de localismo, como sistema, es absurdo. El arte debe de ser universal con las modalidades de sensibilidad que diferencian los diversos pueblos; un nacionalismo presentado en su envoltura con carácter de universalidad por el sentimiento de las ideas, es lo que yo creo la mejor orientación.

Porque lo pintoresco, lo típico, como el impresionismo, el simbolismo, el colorismo y el nacionalismo, tal como suele entenderse y practicarse, no son, en todo caso, más que aspectos, modalidades exteriores del arte y, desde luego, sin la transcendencia que algunos pretenden.

Es absurdo llamar escuelas a estas fases pasajeras y efímeras del arte en su infancia, que derivan, como estamos viendo, en las obras de tendencia nacionalista *a todo trance*, compuestas sobre temas populares hacia lo trivial, frívolo, débil, cuando no a lo deforme, incoherente, vacío. En arte, lo he dicho muchas veces, hay que desterrar todo lo que puede trascender a receta.

La música rusa y francesa ultramoderna, particularmente aquélla, la he considerado siempre, no como una rama frondosa del arte musical, sino como una derivación, como algo aparte. La francesa (me serviré de un símil que exprese con claridad mi pensamiento), es lo que las porcelanas de Sèvres o de Sajonia, a las obras maestras de las artes plásticas: el Partenón o la Venus de Milo; lo que los cuadros de Wateau y de Teniers, a las obras de Velázquez y de Tiziano. El arte francés ultramoderno, que no es nacionalista en sentido popular, sino nacional, por las particularidades de su técnica armónica (copiadas en parte de los rusos, aunque des-

arrolladas por sus compositores más significados en formas sutiles y alguna vez originales), se distingue también por un sentimiento de refinada finura. Abusa de la miniatura, de lo pequeño y delicado (el afán de pulir, ¡a cuántas aberraciones conduce!); *flores de un día*, se las puede llamar; es un arte femenino y lo que caracteriza la verdadera creación es la virilidad.

El ruso, por el contrario, se complace en cultivar un arte duro, violento, en su última evolución, lleno de brutales contrastes, estridente, quebrado; un arte realmente feo, lo que constituye la negación del arte, mezclando las disonancias más disparatadas, que parecen escritas de propósito para oídos que hubiesen perdido toda sensibilidad.

Hay que reconocer, sin embargo, que rusos y franceses han enriquecido la paleta orquestal con nuevos timbres, con brillantes colores, consecuencia de la transformación que ha sufrido la armonía en estos últimos años. Pero han llegado hasta el abuso, haciendo chistes con los instrumentos, produciendo sonidos nasales tan grotescos como inaguantables para las personas de buen gusto, por el empleo de la trompeta con sordina, de todos los instrumentos con sordina, venga o no a cuento, y hasta de los instrumentos de percusión más antimusicales, con cuyos elementos consiguen producir unos efectos tan ridículos como la impresión que nos causa el oír hablar con la nariz tapada o con voz de falsete, y esto es muy divertido y, sobre todo, muy nuevo y muy avanzado.

Una parte de estos compositores no escriben más que para pequeña orquesta, sin duda, porque no sienten la necesidad de expresar grandiosas ideas, o más bien por no dominarla; pues para tratar la grande orquesta con la perfección y dominio que lo hacen, entre nosotros, Conrado del Campo y Morera, por ejemplo, hay que saber algo más de lo que suponen los espíritus superficiales, que ignoran que el limitar la amplitud de la orquesta wagneriana, fundamentalmente *la más avanzada*, es reducir los medios de expresión del arte de la música.

Pero es particular, que los pueblos con honradas tradiciones musicales de la importancia que tienen en la Historia de la Música Italia, Alemania y Austria, donde han nacido los más grandes genios del arte musical, no hayan recurrido, salvo rarísimas excepciones, a procedimientos exóticos como ha sucedido en Francia, Inglaterra y Rusia. Por cierto que muchos detalles, modales, rítmicos y armónicos empleados por los compositores franceses y rusos, tienen su origen en el canto popular, incorporados al arte por Grieg y otros compositores nacionalistas, que no sospecharon indudablemente, la transcendental importancia que habían de concederles los modernistas al emplear-